

cual, sabido el suceso, se volvió por otro camino á gran priesa, y dende á poco vino allí Diego Centeno con el resto de su ejército, y se juntaron todos, y asentaron su campo, pertrechándose cada día mas de todos los aparejos necesarios para la guerra, especialmente de arcabuces, que cada día se hacían. Y Alonso de Toro llegó al Cuzco con harto temor de que viniesen sobre él; porque si lo hicieran, con gran facilidad se apoderarían de la ciudad; pero Diego Centeno tomó acuerdo de residir de asiento en la villa de Plata, allegando cada día mas gente y dineros; lo cual podía hacer en abundancia, á causa de la mucha plata que había en aquella provincia; y así, le dejaremos por contar lo que pasó en esta sazón en los Reyes.

## CAPITULO XXVI.

De cierto movimiento que hubo en los Reyes, y cómo le aplacó Lorenzo de Aldana.

En la ciudad de los Reyes se supo luego todo lo que arriba había sucedido; y como allí estaban juntos muchos soldados, y dellos aficionados al Visorey, ya casi en público trataban de irse á juntar con Diego Centeno; y aun viendo la poca diligencia que Lorenzo de Aldana ponía en castigarlo, se temía que había de ser él la cabeza, y lo mismo se sospechaba de don Antonio de Ribera, que, aunque era cuñado de Pizarro, y hacia algunas muestras, como los demás, de seguirle, bien se entendía ser servidor de su majestad en lo secreto, como después lo mostró; y con este temor los amigos de Pizarro andaban muy alterados; por manera que este motivo en favor de su majestad la gente lo dejaba de intentar, creyendo que se haría á menos costa y con mejor orden, porque sentían favor en Lorenzo de Aldana, que, según era bienquisto, sabían que saldría con cualquier cosa en que se pudiese, aunque él estaba tan cerrado, continuando siempre el buen tratamiento que hacía á todos, que ninguno podía tener certidumbre de su determinación. Y en este tiempo llegaron á los Reyes nuevas de cómo el Visorey se había retirado con la poca gente que le pudo seguir hasta la provincia de Popayan, y que en el camino había muerto algunos capitanes y personas señaladas de su campo, especialmente á Rodrigo de Ocampo y á Hierónimo de la Serna, y á Gaspar Gil y á Olivera y á Gomez Estacio; unos porque se querían huir de su campo, otros porque se carteaban con Gonzalo Pizarro y le querían matar, sobre las cuales culpas hizo sus averiguaciones, y por ellas le pareció que se les debía dar aquella pena; con las cuales nuevas se sosegó algo la gente que deseaba servir á su majestad en la ciudad de los Reyes, y los amigos de Gonzalo Pizarro, y que favorecían su opinión y tiranía, tomaron tanto ánimo viendo los buenos sucesos que le avenían, que les pareció que se podían ya declarar con Lorenzo de Aldana, y le dijeron que en aquella ciudad había personas sospechosas y que no se querían quietar, por lo cual convenía desterrarlos y aun castigarlos de algunas palabras escandalosas que habían dicho. De lo cual se ofrecieron á dar información, y le pidieron que hiciese sobre ello las diligencias necesarias. Y él respondió que no había venido á su noticia tal cosa, porque lo hubiera cas-

ligado, y que, sabido quiénes eran, haría lo que conviniese. Y con este acuerdo, poniéndose en orden los principales, prendieron hasta quince personas sospechosas, y entre ellos á Diego Lopez de Zúñiga, y presos, les quisieron dar tormento y hacer dellos justicia por mano del alcalde Pedro Martín, y corrieran todos gran riesgo si Lorenzo de Aldana no acudiera á sacárselos de entre las manos, llevándolos á su posada, so color que en ella estarían mejor guardados. Y allí les dió todo lo que habían menester, y sobre concierto que con ellos hizo, les dió un navío, con que se salieron del Puerto; quedando harto descontentos los regidores porque no habían visto mas castigo en aquel negocio, y que no quiso Lorenzo de Aldana que sobre ello se hiciese ninguna averiguación, y les quedó gran sospecha de que se hubiese descubierto á los presos y dejase con ellos algun trato, y daban dello noticia á Gonzalo Pizarro por sus cartas, avisándole que proveyesse en ello, aunque él nunca quiso hacer novedad ni enviar contra Lorenzo de Aldana, temiendo que no saldría con ello, como arriba está dicho.

## CAPITULO XXVII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió contra Diego Centeno al capitán Carvajal, su maestre de campo.

Sabida por Gonzalo Pizarro la alteración de la provincia de los Charcas y el levantamiento de Diego Centeno y las cosas que le habían sucedido, le pareció que no debía diferir el remedio ni dejar cobrar mas fuerzas al enemigo, porque no le faltaba otra cosa sino deshacer á Diego Centeno para quedar de todo punto señor en el reino pacíficamente; y tratóse entre los principales de su campo la orden que se tenía en la provision; y después de muchos acuerdos, atenta la importancia del negocio, y que Gonzalo Pizarro no podía ir en persona á ello por no tener concluidas las cosas del Visorey, y que lo de arriba requería brevedad, proveyeron que el capitán Carvajal fuese á hacer esta jornada; y así, fué despachado con las comisiones y poderes de Gonzalo Pizarro que le parecieron necesarias, aunque las principales eran para recoger dineros y hacer gente, en cuya confianza Carvajal aceptó el cargo, porque le pareció negocio en que fácilmente podía ser aprovechado; y así, se partió de Quito con solas veinte personas de su confianza que le acompañaron, aunque en esta determinación hubo otras muchas cosas que ayudaron, porque los principales del campo de Gonzalo Pizarro hicieron en ello gran instancia, los unos por gobernar ellos á solas, y los otros por el gran temor que tenían de la mala y cruel condición de Francisco de Carvajal, que por cualquier sospecha mataba á quien le parecía que no le estaba muy sujeto, aunque los unos y los otros coloraban estos pareceres con decir que la calidad del negocio requería la experiencia y consejo de tal persona como el Maestre de campo. Y así, se partió de Quito, y llegó á la ciudad de San Miguel, donde le salieron á recebir los principales del pueblo; y llevándole á su posada que le tenían señalada, él hizo apear á seis regidores principales del pueblo, diciendo que les quería comunicar una creencia del Gobernador; y estando en su aposento, y cerradas y guardadas las puertas de la

casa con gente de guerra, les dijo la gran queja que de ellos tenía Gonzalo Pizarro por haber sido tan contrarios suyos en todas las cosas pasadas, especialmente en haber recogido y favorecido al Visorey, y proveídole con tanto calor de las cosas necesarias á su ejército; por lo cual había determinado de meter á fuego y á sangre la ciudad y no dejar hombre á vida; pero que después, considerando que los que habían hecho aquel daño eran regidores y gente principal, á quien por fuerza ó de grado había de seguir la gente plebeya, se había resumido en que se castigasen los principales sin hacer cuenta de los demás, y aun de aquellos le había parecido disimular con algunos por causas que á ello le movían; y había escogido los que allí estaban presentes como á cabezas en quien hacer el castigo, para dar ejemplo á los demás de todo el reino; y así, les mandó que se confesasen, porque todos habían de morir luego; y aunque ellos daban sus disculpas, ninguna cosa aprovechaba; y así, hizo dar garrote á uno dellos, de quien él tenía muy gran queja, porque había ayudado y dado industria cómo se abriese el sello real con que el Visorey despachaba, porque era práctico en aquella arte; y entre tanto se divulgó por la ciudad lo que pasaba, y las mujeres de los regidores juntaron consigo los clérigos y frailes del lugar, y fueron á la posada de Carvajal, y entrando en ella por una puerta falsa que su gente no había visto para guardarla, subieron al aposento, y echándose á los pies del Maestre de campo, le pidieron las vidas de sus maridos con grandes lágrimas y sentimiento, y al fin se las hubo de otorgar con condición que reservó en sí la facultad de castigarles en lo demás á su voluntad; y así lo hizo, porque los desterró de la provincia, y los condenó en privación de sus indios y en cada cuatro mil pesos para ayuda de la guerra. Y habiéndolo ejecutado todo, se pasó á la ciudad de Trujillo, recogiendo siempre por donde iba toda la gente y los dineros que en cualquier manera podía haber; y allí llevaba determinación de matar un vecino llamado Melchior Verdugo, porque se había siempre mostrado por el Visorey, y él, siendo avisado, se había acogido á la provincia de Caxamalca, que eran los indios de su encomienda; y por la priesa que el Maestre de campo llevaba, no se quiso detener á seguirle; y echando cierto empréstito y cobrándole, se pasó á la ciudad de los Reyes, juntando siempre la mas gente que podía; á los cuales ninguna paga daba mas de los caballos y armas que robaba donde quiera que los hallaba, usurpando para sí todo el dinero, robando las cajas del Rey y de los defuntos y los depósitos públicos; y en los Reyes se acabó de aparejar con cerca de doscientos hombres bien aderezados y con mas de cincuenta mil pesos que hasta entonces se habían recogido; y se partió la vía del Cuzco por la sierra, y llegó á la villa de Guamanga, donde también echó tributo y le cobró; y siete ó ocho días después de él partido se descubrió cierta conjuración que en la ciudad de los Reyes se trataba, sobre lo cual fueron presos hasta quince personas, los principales de los cuales eran un Juan Velazquez, Vela Nuñez, sobrino del Visorey, y otro caballero de su casa, llamado Francisco Jiron, y Francisco Rodriguez, natural de Villalpando; y habiéndoles dado muy crueles tor-

mentos, se averiguó el negocio, y que tenían concertado con Pedro Manjares, vecino de los Charcas, de matar á Lorenzo de Aldana y al alcalde Pedro Martín y á otros amigos de Gonzalo Pizarro, y alzar la ciudad por el Rey, creyendo que la mas gente que iba con el capitán Carvajal, por ir tan descontentos dél, les acudirían, y todos juntos se irían á juntar con el capitán Diego Centeno. Y luego dieron garrote á Jiron y á otro, y á Juan Velazquez por intercesión de muchos le perdonaron la vida y le cortaron la mano derecha, y á los demás dieron tan bravos tormentos, que perpetuamente quedaron mancos. Manjares se huyó, y anduvo mas de un año escondido por los montes, aunque después vino á poder de los capitanes de Gonzalo Pizarro y le ahorcaron; y sospechando todavía Pedro Martín que eran en estos tratos algunos de los que iban en el campo del capitán Carvajal, dió sobre ello tormento á Francisco de Guzman, que era uno de los presos, y no confesando nada, le preguntó Pedro Martín señaladamente si un soldado que iba con Carvajal, llamado Perucho de Aguirre, natural de Talavera, y otros amigos suyos sabían de aquel trato; el cual Guzman, por librarse de los tormentos, dijo que sí; y con tanto, Pedro Martín de Sicilia le condenó, por sentencia pública, que se metiese fraile en el monasterio de la Merced; y así lo ejecutó, y le hizo tomar el hábito, y pidió al escribano ante quien había pasado aquel proceso cautelosamente, que le diese por fe cómo de la confesión de Guzman resultaban culpados en aquel motín Perucho de Aguirre y los demás que le nombró; y creyendo el escribano que era para otro fin, se le dió; y Pedro Martín le envió por vía de indios á Carvajal, que á la sazón llegaba una jornada antes de Guamanga; y en rescibiendo, sin otra diligencia ni averiguación ninguna, ahorcó á Perucho de Aguirre y á otros cinco con él en un mismo árbol; caso que, poco después, visto por el escribano el yerro que había hecho en dar aquel testimonio, le envió el traslado de la confesión que Guzman había hecho, y la revocación della, diciendo que lo había hecho por librarse del tormento, aunque fué de poco fruto, por estar ya ejecutado el castigo; y en las escaleras protestaron que morían sin culpa, y los confesores lo dijeron á voces al Maestre de campo.

## CAPITULO XXVIII.

Cómo, sabido por el capitán Carvajal la huida de Diego Centeno, se volvió á los Reyes.

En tanto que estas muertes se hicieron en Guamanga llegaron al capitán Carvajal las nuevas de lo que arriba tenemos dicho, que Diego Centeno, rehusando la batalla con Alonso de Toro, se retrajo por el despoblado á la provincia de Casabindo. Y viendo el Maestre de campo que las cosas iban en tan buenos términos, le pareció que su presencia era excusada; y así por esto como porque entre él y Alonso de Toro había habido los tiempos pasados algunas diferencias sobre que cuando Gonzalo Pizarro salió del Cuzco con su gente vino por maestre de campo della Alonso de Toro, y por cierta enfermedad que tuvo en el camino dieron el cargo á Francisco de Carvajal, y así se quedó siempre con él; y temió que, hallándole victorioso y con mas gente que

él llevaba, podría ser que se quisiese satisfacer de la queja que dél tenía, determinó volverse á la ciudad de los Reyes, porque tambien de allá le habian escrito algunos vecinos la tibieza con que Lorenzo de Aldana trataba los negocios de Gonzalo Pizarro, y la necesidad que habia de que él viniese á darles calor; y así, se volvió luego, y pocos días después de llegado le vino la nueva de la vuelta de Diego Centeno sobre Alonso de Toro, con la cual se tornó á apercebir y juntar su gente; y echando nuevas derramas, se partió de los Reyes, habiendo hecho bendecir sus banderas y intitulado su campo: «El felicísimo ejército de la libertad contra el tirano Diego Centeno.» Y despachando mensajeros para el Cuzco por la sierra, él se fué por los llanos la via de Arequipa, y allí sacó mucho dinero, y rescibió cartas, así del cabildo del Cuzco como del capitán Alonso de Toro, por las cuales le pedian con gran instancia que fuese personalmente allí, porque no era razon que, siendo la ciudad del Cuzco la cabeza del reino, saliese el ejército de otra parte sino de allí, prometiéndole de ayudar con mucha gente y armas y caballos, y ir con él muchas personas principales, poniéndole tambien delante que él era vecino de aquella ciudad, y que era justo que le diese aquella preeminencia. Con lo cual y con otras muchas razones le persuadieron á que fuese al Cuzco, aunque en alguna manera temia al capitán Alonso de Toro, porque le referian algunas palabras que en su ausencia habia dicho contra él; y así, se fué al Cuzco. Y cuando Alonso de Toro supo que venia se aperció de todo lo que le pareció necesario para la jornada que Carvajal queria hacer, aunque siempre mostró gran descontento de que, habiendo él comenzado aquella guerra y trabajado tanto en ella, y habido tan prósperos sucesos, hubiese proveido Gonzalo Pizarro nuevo capitán, á quien él estuviere sujeto, y que este fuese Carvajal, con quien él sabia que tenia enemistades privadas; pero todo lo disimulaba lo mejor que podia, diciendo que no pretendia otra cosa sino el buen suceso de los negocios por quien quiera que los guiasse; aunque no podia estar tan recatado sobre ello, que algunas veces no se le soltasen palabras descuidadas, que manifestaban lo que en su pecho tenia. Y con saber todas estas cosas los vecinos, esperaban que con la venida de Carvajal habia de haber alguna novedad; y estando en estos términos, llegó nueva cómo Carvajal entraria otro día en el Cuzco con docientos hombres arcabuceros y de á caballo, y Alonso de Toro puso gran diligencia que todos los que habia en la ciudad se armasen y saliesen á punto de guerra; y así por la gran diligencia que puso en los juntar, y lo mucho que procuraba que fuesen en orden, y lo mucho que sentia si salian della, se creyó que llevaba mala intencion, aunque él no lo habia dicho á nadie; y así, se metió en una emboscada al través del camino por donde Carvajal habia de pasar. Y sabido por Carvajal, ordenó su gente y mandó echar balas en los arcabuces, y Alonso de Toro le salió al través; y viendo que ninguno acometia, se llegaron á juntar; y aunque Carvajal sintió mucho este ademán, lo disimuló hasta llegar al Cuzco, donde fué rescibido. Y poco después una tarde prendió á cuatro vecinos de los principales del pueblo, y incontinentí los ahorcó sin comunicarlo con

Alonso de Toro ni dar para ello razon ninguna; y Alonso de Toro disimuló el sentimiento que desto tuvo, porque algunos eran sus amigos. Y con el temor que todos tomaron de una cosa tan súbita y cruel, ninguno rehusó ir con él; y así, sacó de la ciudad hasta cumplimiento de trecientos hombres bien aderezados, y se partió camino del Collao hácia los Charcas, donde estaba Diego Centeno; y aunque le era superior en el número de la gente, todos pensaron que no acabara la jornada, porque los mas iban de mala gana, porque no les daba ninguna paga y les hacia muy malos tratamientos, y era muy desabrido y mal acondicionado y enemigo de buenos, y mal cristiano y blasfemo y cruel; por manera que todos pensaban que la mesma gente le habia de matar, porque sobre todo entendia el mal título que llevaba, y cuán mejor le tenia Diego Centeno, que era caballero virtuoso y liberal y que tenia mucho mas que dar, por la gran riqueza que en los Charcas habia. Y así, le dejáremos caminando por el Collao, por contar lo que en este tiempo sucedió en Quito al visorey Blasco Nuñez Vela.

## CAPITULO XXIX.

De lo que pasó Gonzalo Pizarro en seguimiento del Visorey, que se retiró á la provincia de Benalcázar, y Gonzalo Pizarro quedó en Quito en frontera contra él.

Ya tenemos dicho en los capítulos precedentes cómo Gonzalo Pizarro siguió al Visorey desde la ciudad de San Miguel, de donde se retiró, hasta la ciudad de Quito, que son ciento y cincuenta leguas, llevando tan á porfía el alcance, que casi ningun día se pasó en que no se viesen y hablasen los corredores, y sin que en todo el camino los unos ni los otros quitasen las sillas á los caballos, aunque en este caso estaba mas alerta la gente del Visorey; porque, si algun pequeño rato de la noche reposaban, era vestidos y teniendo siempre los caballos del cabestro, sin esperar á poner toldos ni á aderezar las otras formas que se suelen tener para atar los caballos de noche, mayormente por los arenales, donde no hay árbol ninguno; y la necesidad ha enseñado el remedio, y es, que llevan unas talegas ó costales pequeños, los cuales, en llegando al sitio donde han de hacer noche, linchen de arena, y cavando un hoyo grande, los meten dentro, y después de atado el caballo, se torna á cubrir el hoyo, pisando y apretando la arena. Demás desto, ambos ejércitos pasaron gran necesidad de comida, en especial de Gonzalo Pizarro, que iba á la postre, porque el Visorey ponía gran diligencia en alzar los indios y caciques, para que el enemigo hallase el camino desproveido; y era tanta la prisa con que se retiraba el Visorey, que llevaba consigo ocho ó diez caballos, los mejores de la tierra que habia podido recoger, llevándolos algunos indios de diestro, y en cansándose el caballo, le desjarretaba y le dejaba, porque sus contrarios no se aprovechasen dél. En este camino juntó consigo Gonzalo Pizarro al capitán Bachicao, que vino de Tierra-Firme, de la jornada que tenemos dicho, con trecientos y cincuenta hombres y veinte navíos y gran copia de artillería, y tomando la costa mas cercana á Quito, fué á salir al camino á Gonzalo Pizarro. Llegados á Quito, tuvo juntos Gon-

zalo Pizarro en su campo mas de ochocientos hombres, entre los cuales estaban los principales de la tierra, así vecinos como soldados, con tanta prosperidad y quietud, cuánta jamás se vió tener hombre que tiránicamente gobernase, porque aquella provincia es muy abundante de comida; y con haber descubierto muy ricas minas de oro en ella, y haber puesto Gonzalo Pizarro en su cabeza los indios de los principales de la tierra, unos porque se habian ido con el Visorey, y otros porque le habian seguido y favorecido el tiempo que allí residió, sacaba cada día gran cantidad de oro; tanto, que de solos los indios del tesorero Rodrigo Nuñez de Bonilla sacó en ocho meses cerca de cuarenta mil pesos de oro, con haber otros muy mejores, y tener en su cabeza mas de otros veinte repartimientos tan buenos como él; y allende desto, se apoderó de todos los quintos y dineros pertenecientes á su majestad, y robó las cajas de los difuntos; y allí supo que el Visorey estaba cuarenta leguas de allí en la villa de Pasto, que entra en la gobernacion de Benalcázar, y determinó de irlo á buscar, aunque todo este alcance se hizo sucesivamente, y casi sin que hubiese dilacion entre uno y otro, porque Gonzalo Pizarro se detuvo en Quito muy poco; tanto, que, saliendo contra él de Quito, hubo refriega entre la gente de ambos campos en un sitio que se dice Rio-Caliente. Y sabido el Visorey en Pasto la venida de Gonzalo Pizarro, con gran prisa se salió de la ciudad, y se metió la tierra adentro hasta llegar á la ciudad de Popayan; y habiéndole seguido Pizarro veinte leguas mas adelante de Pasto, determinó de volverse á Quito, porque de allí adelante la tierra era muy despoblada y falta de comida; y así, se tornó á Quito, habiendo seguido el alcance del Visorey tanto tiempo y por tanto espacio de tierra, pues se puede afirmar que le siguió desde la villa de Plata (donde la primera vez salió contra él) hasta la villa del Pasto, en que hay espacio de setecientas leguas, tan largas, que ocuparian mas de mil leguas de las ordinarias de Castilla. Y vuelto á Quito, estaba tan soberbio con tantas victorias y prósperos sucesos como habia tenido, que comenzaba á decir palabras desacatadas contra su majestad, diciendo que de fuerza ó de grado le habia de dar la gobernacion del Perú, dando razones por dónde era obligado á ello, y cómo, si hiciese lo contrario se lo pensaba resistir; y aunque él lo disimulaba algunas veces, se lo persuadian públicamente sus capitanes y le hacian publicar esta tan desacatada pretension; y así residió algun tiempo en la ciudad de Quito, haciendo cada día grandes regocijos y fiestas y banquetes, y aun dándose él y los suyos al vicio de mujeres tan desenfrenadamente, que se tuvo por cierto haber hecho matar á un vecino de Quito, cuya mujer él tenia por manceba, dando gran cantidad de dineros al que lo mató, que fué un soldado húngaro, llamado Vincencio Pablo, á quien después los señores del consejo de las Indias mandaron ahorcar en la villa de Valladolid el año de 54. Y así, teniendo tanta gente junta, y que tan buena voluntad le mostraban, unos por fuerza y otros por temor y otros por su voluntad, le parecia imposible haber quien le hiciese contradiccion, y que si su majestad algun concierto quisiese con él hacer, habia de ser enviándosele á pedir y requerir

sobre ello, hasta que le sucedió el levantamiento de Diego Centeno, á lo cual envió al capitán Carvajal, cómo arriba esta dicho.

## CAPITULO XXX.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á Pedro Alonso de Hinojosa con su armada á Tierra-Firme.

Destá manera que hemos contado estuvo Gonzalo Pizarro en Quito mucho tiempo, sin saber nuevas del Visorey, ni el designio que tomaba en sus negocios, porque unos decian que se queria ir á España por la via de Cartagena, y otros, que se iria á Tierra-Firme, por tener tomado el paso, y juntar gente y armas para ejecutar lo que su majestad enviase á mandar; y otros, que esperaria este mandato en la mesma tierra de Popayan, que nunca nadie pensó que allí tuviera aparejo de hacerse de gente para innovar ninguna cosa en los negocios; y para cualquiera de todos estos fines pareció á Gonzalo Pizarro y á sus capitanes cosa conveniente estar apoderado de la provincia de Tierra-Firme, por tener tomado el paso para cualquier suceso que aviniese; y así para esto como para estorbar al Visorey que no fuese á ella, mandó volver la armada que habia traído Hernando Bachicao, y que fuese por general della Pedro Alonso de Hinojosa con hasta docientos y cincuenta hombres, y que de camino fuese costeando la tierra por la Buenaventura y rio de San Juan; y luego se partió, y desde Puerto-Viejo envió un navío, y en él al capitán Rodrigo de Carvajal, que fuese derecho al puerto de Panamá, y diese á ciertos vecinos principales della las cartas que llevaba de Gonzalo Pizarro, por las cuales les rogaba que favoreciesen á sus cosas, y daba color al enviar de la armada con decirles que él habia sabido los robos y desafueros que Bachicao hizo á los vecinos en el tiempo que allí residió, lo cual habia sido muy fuera de su voluntad, porque él, ni lo habia mandado ni habia pretendido otra cosa mas de que llana y pacíficamente llevase á aquella tierra al doctor Tejada y se volviese; y que así, enviaba agora á Pedro Alonso de Hinojosa con dineros para satisfacer á todos los agraviados de sus daños, y que si llevaba alguna forma de ejército, era por asegurarse del Visorey y de ciertos capitanes suyos que le habian dicho que estaban haciendo gente en aquella tierra para irle á favorecer. Con estas cartas llegó Rodrigo de Carvajal en su navío con hasta quince personas cerca de Panamá; y tomando tierra tres leguas antes de la ciudad, donde dicen el Ancon, supo de ciertos estancieros que allí residian cómo estaban en Panamá dos capitanes del Visorey, llamados, el uno Juan de Guzman, y el otro Juan de Illanes, que habian venido con ciertas comisiones suyas para juntar allí gente y armas, y llevarlo en su socorro á la provincia de Benalcázar, donde los esperaba, y que tenian juntos mas de cien soldados y buena cantidad de armas, y cinco ó seis piezas de artillería de campo, y que, aunque habia días que lo tenían todo apercebido, habian mudado propósito y no habian querido acudir al Visorey, sino residir en aquella ciudad, para defenderla de la gente de Gonzalo Pizarro, que tenian por cierto que habia de enviar á ocuparla; y sabido esto por Rodrigo de Carvajal, no le pareció seguro saltar

en tierra, y envió aquella noche secretamente un soldado suyo para que diese las cartas á quien venian; y el soldado fué á darlas á ciertos vecinos, los cuales dieron noticia dello á la justicia y á los capitanes del Visorey; y habiendo prendido al soldado, y sabida dél la orden de la venida de Hinojosa y su intento, se puso la ciudad en arma, y armando dos bergantines, los enviaron á tomar la nao de Carvajal; el cual, como vió la tardanza de su soldado, sospechó lo que podia ser, y se hizo á la vela la vuelta de las islas de las Perlas, á esperar á Hinojosa que se juntase con él. Y así, los bergantines, no le pudiendo hallar, se volvieron. Y el gobernador de aquella provincia, llamado Pedro de Casaos, natural de Sevilla, fué con gran diligencia á la ciudad de Nombre de Dios, y mandó apercebir toda la gente que en ella estaba; y juntando todas las armas y arcabuces que pudo haber, los llevó consigo á Panamá, y se apercebió de todo lo que le paresció necesario para la resistencia de Hinojosa, en lo cual asimesmo entendian los capitanes del Visorey; y aunque hubo entre Pedro de Casaos y ellos alguna competencia sobre la superioridad, en fin se concluyó que Pedro de Casaos fuese general y ellos tuviesen aparte su gente y bandera; y así, quedaron conformes para la resistencia, caso que antes estaban muy diferentes, porque Pedro de Casaos les prohibia algunos desórdenes que intentaban hacer, y les aconsejaba que se fuesen con su gente á servir al Visorey, pues era aquel el fin para que se habia hecho; y ellos no lo quisieron hacer, antes, como se veian ya poderosos con la gente que tenian junta, se desacataban al Gobernador y no le obedescian en cosa que les mandase.

## CAPITULO XXXI.

De la venida de Hinojosa á Panamá, y de los sucesos que tuvo en el camino.

Habiendo enviado Pedro Alonso de Hinojosa al capitán Rodrigo de Carvajal á Panamá, en la forma y para el efecto que tenemos dicho, él se hizo á la vela con diez navíos, y vino costeando la tierra hasta llegar á Buenaventura, que es una pequeña poblacion en la boca del rio de San Juan, por donde suben á la gobernacion de Benalcázar. Su designo fué saber allí nuevas de lo que el Visorey hacia, y si hubiese algunos navíos en aquel puerto, llevárselos, y quitarle todo el aparejo de poderse salir de la tierra por aquella via. Y llegado al puerto, mandó saltar en tierra ciertos soldados, y prendieron ocho ó diez vecinos que habia en aquella poblacion, y inquiriendo dellos lo que sabian del Visorey, halló uno que le dijo cómo el Visorey estaba en Popayan, apercebiéndose de la mas gente y armas que podia, para tornar la tierra adentro del Perú; y que viendo que Juan de Illanes y Juan de Guzman (á quien él habia enviado á Tierra-Firme para lo mismo) se tardaban tanto, determinó de enviar al capitán Vela Nuñez, su hermano, con ciertos caporales de su campo, para que fuese á Panamá, y diese conclusion en la junta de la gente y la trajese consigo, porque el negocio se hiciese con mas autoridad, y para ello le habia dado todos los dineros que pudo juntar de la hacienda real. Y allende dellos, le entregó un hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, que habia tomado en Qui-

to, de edad de once ó doce años, creyendo que habria en Panamá mercaderes que, viéndole maltratado, lo rescatarian por algun interés ó favor de Gonzalo Pizarro; y teniendo por cierto que la armada de Bachicao habia recogido todos los navíos que hallase en aquel puerto, proveyó que los indios hiciesen y labrasen la madera que era necesaria para un bergantin, y que con la brea y estopas que se requeria, lo llevasen en hombros á aquel puerto, para que los calafates y carpinteros en tres ó cuatro dias lo pudiesen echar al agua; y que con este aparejo se habia partido Vela Nuñez de Popayan, hasta llegar una jornada de allí, y que le habia enviado á él delante, para que espiese si tenia el puerto seguro. Sabido esto por Hinojosa, envió dos capitanes suyos con cierta gente, que fueron cada uno por su camino (segun los guió la espía) hasta que los unos toparon con Vela Nuñez y los otros con Rodrigo Mejía, natural de Villacastin, y con Sayavedra, que traian al hijo de Gonzalo Pizarro. Y los unos y los otros traian gran cantidad de dineros, los cuales fueron robados por los soldados de Hinojosa; y llevándolos todos presos á los navíos, se hicieron grandes regocijos por tan próspero suceso como en tan breve tiempo les habia venido; porque, aunque tuvieron en mucho la prision de Vela Nuñez, y estorbarle con ella que no fuese á Panamá, donde, juntándose con su gente, les podia hacer tanta contradiccion en su entrada, en mucho mas estimaban haber recobrado al hijo de Gonzalo Pizarro, por el servicio que en ello le hacian, y el cargo que le echarian con tal contentamiento; y así, se hicieron á la vela, llevando á buen recaudo los prisioneros.

## CAPITULO XXXII.

De la entrada de Hinojosa en Panamá, y de lo que sobre ello aconteció.

Navegando Hinojosa la via de Panamá, le salió al camino Rodrigo de Carvajal con su navío, y le hizo saber lo que en Panamá le habia acaescido, y cómo la ciudad se habia alborotado con su venida y estaban puestos en resistencia; por tanto, que convenia ir apercebidos; y así, poniéndose en orden de guerra un día del mes de octubre del año de 45, pareció sobre el puerto de Panamá con once navíos, y en ellos los doscientos y cincuenta hombres que tenemos dicho. En la ciudad hubo gran alboroto con su venida, y todos se pusieron á punto de guerra y se recogieron á sus banderas; y llevando por general á Pedro de Casaos, acudieron al puerto á defender la salida. Habia en este campo algo mas de quinientos hombres medianamente apercebidos de armas, aunque los mas dellos eran mercaderes y oficiales y personas tan poco prácticas en la guerra, que ni sabian tirar ni regir los arcabuces que llevaban; y entre ellos habia muchos que ninguna voluntad tenian de romper, porque les parecia que de la venida de la gente del Perú ningun daño les podia resultar, antes muy gran provecho, porque los mercaderes entendian despachar sus mercaderías con mucha ventaja, y los oficiales ser muy aprovechados cada uno en su oficio y trato; y aun los mas caudalosos mercaderes consideraban que tenian sus haciendas y factores y compañeros en el Perú; y que sabida por Gonzalo Pi-

zarro la contradiccion que allí le hiciesen, se vengaria dellos tomándoles sus haciendas y maltratando sus compañeros y factores; pero, no embargante esto, pusieron tanta diligencia los que no corrian ninguno de estos riesgos en juntar y sacar la gente, que los hicieron salir y poner á punto de defensa; y los que principalmente los gobernaban eran el general Pedro de Casaos, y Arias Dacevedo y Juan Fernandez de Rebolledo, y Andrés de Areiza y Juan de Zabala, y Juan de Guzman y Juan de Illanes, y Juan Vendrel y otros algunos principales de Panamá, que pretendian la defensa de la entrada, unos por ser servidores de su majestad, y otros por quedar escarmentados de los agravios que habian rescebido de Bachicao, y temiendo que Hinojosa seguiria el mismo camino. Vista por Hinojosa la resistencia, saltó en tierra en el ancon, dos leguas de Panamá, teniendo por reparo á las espaldas unas peñas que los defendian de la gente de caballo; y marchando la via de Panamá, caminaron por la costa, llevando junto á la tierra los bateles de los navíos con mucha artillería; con que descubrian los enemigos, si los acometiesen por el avanguardia. La gente de Hinojosa era hasta doscientos hombres, porque los cincuenta quedaron en guarda de los navíos, con orden que á la hora que viesen romper la batalla ahorcasen á Vela Nuñez y á los otros prisioneros. Pedro de Casaos salió al encuentro con su gente; y estando los unos y los otros á poco mas de tiro de arcabuz, acudieron los clérigos y frailes del lugar, trayendo las cruces cubiertas y otras insignias de gran sentimiento y tristeza, y comenzaron á tratar entre los unos y los otros para que no rompiesen, y tentaron dar medios entre ellos; y para los tratar se pusieron treguas por aquel día y se dieron rehenes de una parte á otra. Y Hinojosa envió de su parte, para tratar el negocio, á don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y los de Panamá enviaron á don Pedro de Cabrera. De parte de Hinojosa decian que no sabian ellos la causa por que los habian de resistir la entrada, pues no venian á hacerles daño ninguno, antes á satisfacerlos del que de Bachicao habian rescebido, y á comprar por sus dineros las ropas y mantenimientos necesarios; y que traian orden de Gonzalo Pizarro para no hacer daño ni agravio ninguno á nadie, ni pelear sino fuese siendo provocados y compelidos á ello, y que no harian otra cosa mas de proveerse y reparar sus navíos, y volverse; y que el intento de su venida era buscar al Visorey y compelerle que se fuese á España, como habia sido enviado por los oidores, porque andaba inquietando y alterando la tierra; y que pues no le hallaban allí, no tenian para qué reparar ni hacer asiento, como ellos pensaban, y que les rogaban que no les forzassen á romper con ellos, porque hasta venir á esto harian todos los comedimientos posibles por cumplir con la orden que traian de Gonzalo Pizarro; pero que de otra manera, siendo forzados á pelear, habian de hacer su posible para no ser vencidos. De parte de Pedro de Casaos se daban otras razones, por donde fundaban la sinjusticia y mal sonido que traia entrar con forma de ejército en aquella tierra; y aunque Gonzalo Pizarro gobernase jurídicamente, como ellos pretendian, era fuera de su jurisdiccion, donde no tenia color ninguno de

entremeterse; y que lo mesmo que él decia, habia dicho Bachicao, y después de apoderado de la tierra, habia hecho los daños y robos que él decia que venia á remediar. Vistas las razones de los unos y de los otros por los comisarios que para los tratos se habian nombrado, dieron forma en los medios, ordenando á su parescer cómo se cumpliese con lo que los unos pedian y se proveyese en lo que los otros temian; y el asiento fué que Hinojosa pudiese saltar en tierra y residir en la ciudad por término de treinta dias; y que para seguridad de lo susodicho pudiese tener cincuenta soldados de los suyos, y que la armada con el resto de la gente se volviese á las islas de las Perlas, y allí llevasen los maestros y materiales necesarios para el reparo della, y que pasados los treinta dias, se volviesen al Perú. Firmadas estas paces, y habiéndose hecho juramento y pleitomenaje sobre la guarda dellas por ambas partes, y dándose rehenes de un cabo á otro, Hinojosa se fué á la ciudad con sus cincuenta hombres, y tomó una casa, donde comenzó á dar de comer á todos los que venian, y á permitir que jugasen y conversasen; con lo cual, dentro de tres dias se le pasaron casi todos los soldados de Juan de Illanes y la demás gente baldía de la tierra, los cuales todos afirmaban que antes de aquello habian asegurado por sus cartas á Hinojosa que el día de la batalla se le pasarían todos. Y esta fué la principal causa que movió á los capitanes de Panamá que viniesen en hacer los conciertos, por la poca seguridad que tenian de su gente, toda la cual sabian que estaban esperando oportunidad para pasar al Perú, y era cosa muy creible que, hallándola tan aventajada, pues le daban pasaje y sueldo y comida, lo aceptarían; y así, poco á poco de su gente y de la tierra juntó Hinojosa gran copia de soldados. Y viéndose Juan de Illanes y Juan de Guzman desamparados de su gente, y que ninguna cosa de lo capitulado se guardaba, secretamente tomaron un barco, y se fueron huyendo con hasta quince personas que les habian quedado y con cuatro piezas de artillería la via de Cartagena, aunque después Juan de Illanes fué preso por un capitán de Hinojosa, que le siguió por la mar, y prometió de andar en su servicio, como lo hizo, y se halló de su parte en la batalla que allí en el Nombre de Dios se dió á Melchior Verdugo, como adelante se contará; y Hinojosa quedó pacíficamente y sin ninguna contradiccion en la tierra, sustentando y acrecentando su ejército, sin consentirles que hiciesen agravio á nadie ni entremeterse en otra cosa fuera dello; y envió á don Pedro de Cabrera y á Hernan Mejía de Guzman, su yerno, que allí habia hallado desterrados por el Visorey (como tenemos dicho), con cierta gente al Nombre de Dios, para que estuviesen en guarda de aquel puerto y tuviesen los avisos que les convenia para su seguridad, así de España como de otras partes.

## CAPITULO XXXIII.

Cómo Melchior Verdugo se alzó en Trujillo por su majestad, y de lo que hizo en seguimiento de su opinion.

En la ciudad de Trujillo habia un conquistador, cuya era la provincia de Caxamalca, llamado Melchior Verdugo, natural de la ciudad de Avila, el cual, desde que el visorey Blasco Nuñez Vela vino á la tierra, pretendió